

La Gema de Jerusalén



El Cotel

Ediciones Hebreo Digital

LA GEMA DE JERUSALÉN

La Gema de Jerusalén

Autor: Rabi Aharon Shlezinger

1a edición: Mayo 2011

© 2011 by Hebreo Digital

Reservados todos los derechos de la presente edición

E-mail: ventas@hebreodigital.com

www.hebreodigital.com

I

EL COTEL

En la ciudad de Jerusalén hay un atractivo especial, el Cotel. Es el sitio más visitado de la Tierra Santa, se trata del último vestigio del Templo Sagrado, conocido popularmente como el Muro de las Lamentaciones.

Allí se aprecia una imagen única y conmovedora que se multiplica incansablemente, sin tregua ni interrupción; las personas se aproximan con sumo respeto en dirección del Muro, apoyan sus manos en él y derraman allí su plegaria a El Eterno. Millones de personas han pasado por ese lugar y siguen haciéndolo. Y entre todos han dejado una huella inconfundible que demuestra esta infinita afluencia de público, incluso para quien vaya por primera vez. Observando el Cotel se aprecia que el sector del mismo que se encuentra a la altura de las personas, está impregnado del contacto que ha tenido con las manos de sus innumerables visitantes que lo han venido a ver. Desde la altura de los hombros de una persona hacia arriba, el Cotel cambia de color. Esas piedras

manifiestan públicamente el cariño que sus visitantes le han demostrado a este querido Muro a través de la historia.

LA PRUEBA DEL ANILLO

El Cotel, además de ser un símbolo del Templo Sagrado, posee un atractivo espiritual muy especial. Pues si bien el Templo Sagrado fue destruido, y queda en pie solamente este Muro, la Presencia Divina jamás se aparta de allí.

En el Midrash se narra este emocionante suceso: En una ocasión Rabí Natán se dirigió al Templo de Jerusalén y lo halló en ruinas; vio que sólo un muro del mismo había quedado en pie. Dijo «¿Cuál es la merced de este muro?».

Un individuo que se apareció en el lugar le dijo: «¡Te lo mostraré!».

Tomó un anillo y lo colocó en el muro. El anillo cimbraba para aquí y para allá, vibrando sin cesar. Era una señal reveladora de que la Presencia Divina aun sigue presente

en ese sitio. En ese momento, Rabí Natán pudo contemplar una escena en la que se apreciaba a la manifestación de El Santo, Bendito Sea, inclinándose, enderezándose, irguiéndose y lamentándose por la destrucción del Templo Sagrado, y por los Hijos de Israel que se encuentran exiliados. A esto se refiere el versículo que expresa: «Aúlla, ciprés –berosh–, porque el cedro cayó, porque los árboles magníficos son derribados».

Ciprés se refiere a El Santo, Bendito Sea, tal lo indica la raíz hebrea de ese término berosh. Como está escrito: «Subirá el que abre caminos delante de ellos; abrirán camino y franquearán el portal, y saldrán por él; y su rey pasará delante de ellos, y a la cabeza –berosh– de ellos El Eterno» (Miqueas 2:13) (Tana Dbei Eliahu Rabá 30:6).

LOS PAPELES DEL COTEL

Un atractivo especial del Cotel son los millares de pequeños papeles con mensajes que hay entre las piedras milenarias del Muro. Esos papeles contienen pedidos, deseos, esperanzas, fe, alegrías, tristezas, y todo tipo de

sentimientos. Las personas expresan por ese medio su situación, compartiéndola con la Presencia Divina.

Esta costumbre no nació en la actualidad. El Rabí Marán de Monkatch contó que un hombre de la congregación, allegado al sabio Jaim ben Atar, el autor del famoso libro Or Hajaim, ganaba su pan con el sudor de su frente y se sustentaba honorablemente. Pero un día la rueda giró y su suerte cambió. El hombre fue a ver al sabio Or Hajaim por lo que le ocurría, y quejándose, le narró su desgracia. Le contó que en su casa había ahora pobreza, y hasta faltaba el pan. Y le pidió que orara por él y que lo bendijera para que su situación mejorase.

El sabio Or Hajaim se conmovió por lo que ocurría con el hombre y se despertó su piedad por él en gran manera. Escribió una carta sobre un pergamino, con letras hebreas, y lo bendijo mucho. Lo dio al pobre, entregándoselo en su mano, y le dijo: «Sujeta bien con tu mano este escrito y ve directamente al Muro Occidental - el Cotel-, y busca un lugar entre las piedras sagradas donde haya un pequeño hueco, y pon allí el escrito y

déjalo en ese lugar. Después ve a tu casa, y la salvación te llegará».

El hombre se retiró aferrando el escrito en su mano, tal como el sabio le había dicho que hiciera. Pero en medio del trayecto sopló un fuerte viento que hizo volar de sobre su cabeza el sombrero que tenía puesto. El hombre no reparó en ello y siguió la marcha; quedó con la gorra pequeña que llevaba debajo, el solideo, al que sujetó con su mano izquierda, mientras que con la mano derecha aferraba el escrito.